

## DON FELIPE TEJERA

(CAPÍTULOS DE UN LIBRO)

El propio crítico de Pérez Bonalde (1), don Felipe Tejera, Miembro Correspondiente de la Real Academia Española, individuo fundador de la Venezolana y de la Nacional de la Historia, y Profesor jubilado de Literatura en la Universidad Central, es también aventajado alumno de las musas y ha cultivado todos los géneros poéticos: el lírico en multitud de poesías religiosas y profanas, guerreras y amorias; el épico en *La Colombiada*, *La Boliviada* y *La Hortensiada* (burlesco), y el dramático en un drama en verso, *Triunfar con la Patria*.

Al primero de estos géneros pertenecen las octavas reales en que define Tejera

## LA POESIA

Rayo de blanca luz que el éter prende,  
Nube que el almo sol recama de oro,  
Faro distante que en la noche splende,  
Arca que encierra celestial tesoro;  
Palma que airosa su penacho extiende,  
Voz descendida del empíreo coro,

(1) Pertenece a la nota de la p. ant. de la Historia de donde saqué estas hojas.—Pérez Bonalde nació en Caracas, dióse al estudio del dibujo y de la música, conoció varios idiomas (latín, francés, italiano, portugués, inglés y alemán): sobre todo en la lengua de Heine fue consumado, como arriba se dijo. La fe que le abandonó mientras estuvo entre los yankees, volvió a alumbrar los últimos años de su vida, durante los cuales sabemos que meditaba una obra defensiva de la religión y de la Iglesia. Véanse en la citada edición de los «Perfiles venezolanos» los datos que atestiguan la cristiana muerte del Sr. Pérez Bonalde.

A la orilla del mar nítida espuma,  
Gasa en el iris y en las aves pluma.

Ritmo fugaz de regalada lira,  
Blando aliento de tímida querella.  
Música blanda que de amor suspira,  
Beso que el alma pura da a la estrella;  
De la noche en lo azul, astro que mira,  
De la nave en el mar, límpida huella,  
Preludio en el laúd, queja en el río,  
Llanto en los ojos y en la flor rocío.

Filtro que apura el genio y no lo embriaga,  
Mundo que llena el alma y no la abate,  
Llama que azota el cierzo y no la apaga,  
Corazón que, aunque herido, siempre late;  
Dulce memoria del Edén que aún vaga  
De nuestra vida en el mortal combate,  
Ala de fuego que al Olimpo guía:  
Tal, es, hija de Dios, la poesía.

«Sí, dice el ilustre crítico cubano don Rafael M. Merchán (1), la poesía es éso, pero éso no es la poesía. No hay que derramar todo el saco de una vez en un solo lugar, sino esparcir con la mano, poco a poco, las semillas en todos los surcos... No hay que convertir una composición poética en museo de comparaciones, ni aun cuando sean como las de Becker y Tejera.»

El precepto relativo a la aglomeración de símiles consta en todos los tratados de retórica, y hasta el mismo Tejera prohíbe que se acumulen demasiado *aunque sea en verso* (2). Sin embargo, en el capítulo IV de su *Poética* el escritor venezolano parece que contesta al de Cuba, al recomendar la supresión de todo adorno postizo en

(1) *Estudios críticos*. Becker y Heine, p. 468.

(2) *Manual de Literatura*. Edición de 1910, p.: 106.

las obras poéticas. «Una beldad—dice—es tanto más calificada cuanto menos se compone»; pero, según él, no se ha de seguir de aquí, «como quieren algunos preceptistas, que la aglomeración de metáforas, por ejemplo, constituya siempre un defecto; sino cuando ellas no guarden la debida gradación, ni comuniquen novedad al pensamiento; preceptos que se observan en esta magnífica octava de Larmig:

*Rosa* a la orilla del Jordán nacida  
Inmaculada *Virgen* de Judea,  
*Estrella* de los cielos desprendida,  
*Aura* del manso mar de Galilea;  
*Lirio* del valle de perenne vida,  
*Luz* que los ojos de Jehová recrea,  
De la prole de Adán *gloria y encanto*,  
Madre del Hombre Dios: tu vida canto» (1).

Como quiera que sea, la profusión de metáforas y símiles así como el casi continuo uso de imágenes e hipérboles, será siempre, un distintivo del estilo *oriental* a que tanta afición ha mostrado desde los tiempos de Calderón buena parte de nuestros poetas. Por lo que toca a Tejera, «sus versos abundan en símiles de aquellos que en Vyasa y en Walmiky, en Job y en el Cantar de los Cantares, en Homero y en Ossian, son como rico esmalte de las ideas, como ropaje luminoso del objeto que se dibuja...» (2) Y si no siempre logró el poeta venezolano evitar «la hinchazón de lenguaje o de estilo» en que es fácil degenerar «el *os magna sonaturum* inherente a los cantores de alto vuelo» (3); si, como añade

(1) Ob. cit., pág. 243 y siguiente.

(2) D. Manuel Fombona Palacio.—Artículo de *El Cojo Ilustrado* (1.º de diciembre de 1894, reimpreso al frente del citado *Manual de Literatura*).

(3) *Ibid.*

don Miguel Antonio Caro, es «cierto que el estilo del señor Tejera no se recomienda por la sencillez y sobriedad; es a las veces enfático o con exceso florido...» con todo, cierto es también que «la grandilocuencia a que este escritor suele entregarse no es un desahogo peculiar suyo, sino manera nacional, alarde de galanura y lozanía de los ingenios venezolanos que a veces raya en declamación y retumbancia...» y poco discreta fue la crítica del señor Pérez Bonalde al «cebarse en Tejera como único reo de altisonancia en Venezuela... El estilo de Tejera, con sus tachas buenas y malas, se mantiene en una región elevada y serena, donde cabe variedad de gustos y diversidad de escuelas» (1).

De sus composiciones *patrióticas* es buena muestra

#### EL CANTO DEL LLANERO

Sobre un brioso caballo  
Como el torrente ligero,  
A lo lejos un llanero,  
Galopando atravesó;  
Sofrena luégo la brida  
Y con gentil opostura,  
A su tropa en la llanura  
Así colérico habló:

«Al frente tendida  
La fúlgida lanza,  
En Dios la esperanza,  
Venid a lidiar!

La voz de Bolívar  
Nos llama a la guerra;  
Que tiemble la tierra  
Al vernos pasar!

La trompa guerrera  
Robusta sonando,  
Clamó en San Fernando,  
Llaneros! oid!  
Héroes de la Mata,  
La tierra retumba;  
Alzad de la tumba!  
Al arma! salid!

(1) Don Miguel Antonio Caro.—*Tejera y sus censores*. En estos magistrales artículos, escritos con motivo del folleto de Pérez Bonalde de que antes dimos cuenta, disertó el señor Caro con la maestría que le era habitual, acerca de la influencia de la fe religiosa en la poesía. En nuestros días ha recordado esta cuestión en Bogotá el literato neogranadino don Juan A. Zuleta.

Con bélico escape  
Lanzad los bridones;  
Tendrán las legiones  
Del fiero español  
Por tumba la inmensa  
Tendida sabana;  
Qué gloria!... Mañana  
Proclámala, oh sol!

¿Qué importa que ostenten  
Horrenda bravura?  
Mejor!... La llanura  
Más sangre tendrá!  
Tended la bandera,  
La misma que un día  
De eterna alegría  
Triunfó en Boyacá.

¿Qué importa que rotos,  
Saliendo de Achaguas,  
Surcaran las aguas  
En raudo bajel?  
Si a nado en las ondas  
De Apure altaneras,  
Sus propias flecheras  
Entramos ayer?

Salvad los torrentes,  
Hended esas rampas;  
¿Quién puede en las pampas  
Dictarnos la ley?  
Son suyos los montes,  
Suyo el Océano;  
Mas sólo del llano  
El llanero es rey.

Un día pensaron  
Romper su lindero:  
Lució nuestro acero  
Con brillo fatal;  
¿Qué fueron?... el pasto  
De perros y fieras!  
Cuarenta banderas  
Tenéis del Yagual!

Nosotros trepamos  
También a los Andes:  
También allí grandes  
Nos vio el español.  
Y el páramo yerto  
Que al cóndor espanta,  
Doblóse a la planta  
Del hijo del Sol.

Traed, pues, tendida  
La fúlgida lanza,  
Y en Dios la esperanza  
Venid a lidiar!  
La voz de Bolívar  
Nos llama a la guerra;  
Que tiemble la tierra  
Al vernos pasar!»

Dijo así, ceñudo y fiero,  
El hijo de la llanura,  
Azuzando con bravura,  
Sus centauros a lidiar;  
Y amenazando la tierra  
Hacia Carabobo trota  
Cual los torrentes que bota  
El Orinoco a la mar.

Otras veces se inspira en la historia de la conquista, como en el

## NOCTURNO INDIANO

Suelta la lona a los vientos,  
En una negra piragua  
Surcando va por el agua  
El indio Caonabó.

Y mientras la nivea espuma  
Bajo la proa riela  
Mirando la blanca estela  
De su batel así habló:

«Adiós, envidiada  
Esposa del día,  
Adiós, patria mía,  
Que más no veré.  
En ti se quedaron  
La choza incendiada,  
La madre adorada,  
La virgen que amé.»

En tanto ligera, surcaba en el agua,  
La negra piragua,  
Las olas rompiendo con sordo rumor:  
Y el indio en la popa, tendida la vela,  
Miraba la estela,  
Cantando a los vientos su negro dolor.

«Por siempre te quedan  
Mis bellos palmares,  
Los dulces cantares  
Que alzaba mi voz.  
Y el río que amaba,  
Mis montes, mi cuna,  
Mis cielos, mi luna,  
Mi altar y mi Dios.»

En tanto cual ave que rápida vuela,  
Redonda la vela,  
La negra piragua cortaba la mar,  
Y el sol en Ocaso su frente inclinaba,  
Y el indio bogaba  
Oyendo en la proa las olas bramar.

«Llevar a mi patria,  
Con rancos clamores,  
Llevar, oh condores,  
Mi triste cantar!  
Decid cómo el indio  
Por siempre reposa;  
Los cielos, por losa,  
Por tumba, la mar.»

Y mientras se hundía la negra piragua,  
Surgiendo del agua  
La luna en las sombras su faz levantó:  
Los ecos, del indio la voz repitieron....  
Las ondas gimieron....  
Después.... ya ni el indio, ni el eco se oyó.

En *La gloria de Sucre*, oda premiada en un certamen  
de Cumaná, hay liras parecidas a las del cantar de Colón:

Y quién más rica lumbre  
Vertió de gloria y de valor fecundo?

.....  
Nunca mejor corona,  
Ciñó las sienes de varón preclaro;  
Por una y otra zona  
Halló en su escudo claro.  
La fama timbres y Colombia amparo.  
A los que del Tolima  
Trepan las canas crenchas del granito,  
A la pujante Lima,  
Que ya responde al grito  
Que dio Caracas, y a la excelsa Quito;  
Los que el tremente cono  
Ven hervir del flamífero Aconcagua  
O ya el sentido tono  
Oyen que roza el agua  
Del indio errante en la fugaz piragua:  
A cuantos con sus olas  
El mar circunda y a romper despierta  
Las huestes españolas,  
El atalaya alerta,

Su genio escuda y su pendón liberta.

De otro linaje es el siguiente *Problema*, cuya solución a nadie debe servir de norma pero sí de escarmiento:

Le encuentro tan mal, señora,  
Tan grave, a mi ver, está,  
Que si Dios no lo remedia,  
Por viuda os podéis contar.  
Por tanto, fuera prudente....

—¿Prepararlo?

—Claro

—Ay!....

—El es hombre muy piadoso.

—Cristiano mejor no habrá.

Le hablaré, doctor, y al cura  
Al punto enviaré a buscar.

—Esposo, no te impresiones;  
Pero, como tú sabrás,  
Hijos de la muerte somos,  
Y aunque tú no estás hoy mal,  
Vamos, que reconciliarte  
Con Dios, muy bien te estará.  
A ver ¿qué dices?

—Pues digo

Que no me he de confesar!....

— Señor Cura, señor Curá!  
Usted tal vez lo podrá  
Convencer, pues no se quiere,  
Señor Cura, confesar!

—Con todo, nunca debemos  
Perder la esperanza.

—Ya!

Que logre usted confesarlo  
Y que se salve!

—Ojalá!....

—Vamos a ver, hijo mío,  
¿Qué tal te sientes?

—Muy mal!

La muerte, por fin, me llama,  
Y voy, Padre, a morir ya.

—Y ¿vas a morir, cristiano,  
Sin tus culpas confesar?

—Yo confesarme pudiera;

Pero, éso, Padre, será

Después que vea a mi esposa:

Y, si después de yo hablar

Con mi esposa ella juzgare

Que me acoja al tribunal

De la penitencia.... al punto!

—Pues ella al punto vendrá.

—Esposo!....

—Querida esposa!....

—¿Por fin te confesarás?

—Bueno, después que me escuches,

Lo que debo hacer dirás.

Oyeme, pues.

—Ya te oigo.

—Muy ricos somos, verdad?

—Somos muy ricos, es cierto;

Bien lo sé.

—Mas no sabrás

Que esa riqueza es un fraude!

—Un fraude? Qué atrocidad!

—Un fraude: ¿lo oíste?

—Esposo!

—Y para mi alma salvar,

Debo volverla a su dueño

Antes de morir.... estás?....

Ustedes a la miseria

Si yo me salvo, vendrán;

Y, si me condeno.... Ustedes

Quedarán muy ricos....

—Ah!....

—¿Qué dices tú: me confieso?....

La esposa con torva faz

Dice al salir:—Señor Cura,

No se quiere confesar!

(Continuará)